

**BERNARDO
ESQUINCA**

EL SEÑOR LIGOTTI



ILUSTRACIONES DE ALEJANDRO MONTES SANTAMARÍA

En la Ciudad de México existe un edificio que pareciera guardar entre sus viejas paredes la solución a todos los problemas de Esteban, un escritor con problemas financieros que está a punto de ser padre por primera vez. El señor Ligotti, un anciano millonario excéntrico, desea ayudar a que el autor tenga un lugar para escribir con tranquilidad, y le ofrece una transacción imposible de rechazar: quedarse con un departamento en el que vivió hace muchos años a cambio de que sea su anfitrión de vez en cuando. Pero todo contrato tiene cláusulas ocultas, y el precio a pagar termina siendo mayor de lo que parece.

El señor Ligotti apareció al final de una conferencia. Como de costumbre, Esteban firmó varios libros, atendió a sus lectores con una estudiada cortesía y dio consejos tan precisos como rápidos a quienes aspiraban a convertirse en escritores. Cuando se disponía a abandonar el auditorio, con esa mezcla de satisfacción y vacío que lo envolvía tras cada presentación —sí, tenía lectores, pero siempre quería más—, lo vio sentado en la última fila, con su saco rojo de pana, la pajarita en lugar de corbata, la barba de candado blanca, con los bigotes terminados en punta, al estilo de algunos personajes de la Revolución, y un bastón con empuñadura plateada.

El señor Ligotti se puso de pie con una agilidad inesperada, le estrechó la mano vigorosamente —Esteban pudo sentir la dureza de varios anillos apretándose contra su piel— y le habló sin rodeos:

—Quiero proponerte un negocio. ¿Me dejas invitarte un café?

Habitualmente Esteban se hubiera negado. No le gustaba platicar con gente del público más allá de lo necesario; conversar con desconocidos era algo que lo incomodaba. A menudo recibía invitaciones a talleres, a círculos de lectura e incluso a cantinas, mismas que rechazaba intentando ocultar su molestia. En esta ocasión tenía el pretexto perfecto: su esposa estaba en la última etapa del embarazo y debía regresar a casa cuanto antes. Quizá fue eso lo que lo hizo aceptar, la necesidad de distraerse de la tensión del inminente parto, de la ansiedad que no le dejaba concentrarse para leer o escribir.

Esteban se vio de pronto sentado en un reservado del Vips, junto a ese viejo excéntrico que parecía sacado de un escenario, y que al mismo tiempo tenía un porte impecable y una dignidad sobrecogedora. Estaba conviviendo con un desconocido. «Los hijos te cambian», era la frase que solía escuchar desde que Adela y él se habían embarazado.

El señor Ligotti le clavó una mirada inquieta.

—¿Cómo te van las cosas? ¿Se vive bien de escribir?

Una pregunta típica. Antes de responder, Esteban echó un vistazo a los exhibidores de libros que estaban a un lado de la caja, repletos de *bestsellers*. Siempre que entraba a un Vips lamentaba que sus novelas no formaran parte de ese club: el de los libros que se vendían en librerías, pero también en establecimientos: supermercados, tiendas, restaurantes.

—Vivo de lo que escribo, pero podría irme mejor.

—A todos nos puede ir mejor. También peor. Todo está en saber aprovechar las oportunidades. ¿Tienes casa propia?

—No: por más que ahorro, nunca me alcanza.

El señor Ligotti dio un trago a su café y lo regresó a la mesa. Después movió sus dedos llenos de anillos, haciéndolos sonar sobre la taza.

—*Si non oscillas, noli tintinnare...*

—¿Cómo?

—Es un viejo dicho, tan viejo como yo. Si no te mueves, no suenas, como las campanas... Soy tu lector desde hace tiempo: creo que eres un escritor talentoso, que mereces mejor fortuna. Sé que te obsesiona la colonia Juárez, pues muchas de tus historias suceden allí. Yo poseo un departamento en el edificio Berlín, que estoy poniendo a la venta. ¿Te interesa?

Esteban miró su cerveza: apenas la había tocado. En cambio, el señor Ligotti iba por su tercer café. ¿Acaso no dormía?

—Toda mi vida he rentado. Mi sueño es comprar una casa...

—¿Cuánto tienes?

—No llego ni al millón.

El señor Ligotti se acarició la barba con su mano llena de anillos. El del dedo meñique tenía el logotipo de la Universidad Nacional: un escudo sostenido por dos aves rapaces.

—Dame lo que tengas y es tuyo. Prefiero que alguien que valora los edificios antiguos lo habite y lo cuide. Le tengo mucho cariño a ese departamento.

Los ojos del señor Ligotti se volvieron vidriosos. Hizo una pausa para lanzar un largo suspiro.

—Allí viví con mi esposa. Murió el año pasado.

—Lo siento.

—El dinero no es problema para mí. Es una cuestión sentimental: no puedo dejarle todos esos recuerdos a cualquiera.

El viejo se puso de pie y colocó una tarjeta sobre la mesa.

Antes de marcharse, dijo:

—Ven a verme a mi oficina. Y trae a tu abogado, si eso te deja más tranquilo.

Esteban se quedó pensativo. Era el tipo de oferta que fantaseaba con recibir, pero no quería aprovecharse de un anciano melancólico. Miró por el vidrio de la ventana: un coche lujoso se aproximó a recoger al señor Ligotti. El chofer descendió y le abrió la puerta trasera.

Fue a la caja. La cuenta ya estaba pagada.

* * *

Adela desconfiaba. Sentada a la mesa de la cocina, con las manos sobre la barriga para tocar al bebé cuando se moviera, había oído la historia que Esteban le contó mientras caminaba de un lado a otro, cada vez más eufórico. Ella le pidió cautela. Las cosas no sucedían tan fácilmente. No a ellos. Tampoco creía en las casualidades. Todo tenía una razón, una consecuencia.

—Me huele a fraude. Debemos andar con cuidado.

Esteban abrió el refrigerador. Echó una mirada dentro, sacó una rebanada de jamón y volvió a cerrarlo.

—¿Por qué un viejo rico haría un fraude? Es absurdo.

—No sabemos nada de él. Puede ser una carnada, la punta del iceberg de algo que ni siquiera imaginamos.

—¿Ya te escuchaste? Deberíamos escribir juntos una novela de intriga. Eres más paranoica que yo.

—Soy desconfiada, que es distinto. Y sin duda más intuitiva que tú. Supongamos que en verdad es un viudo rico y solitario. Un hombre excéntrico que hace fraudes para...

—¿Para qué?

—Divertirse.

Esteban se arrodilló junto a Adela. Colocó las manos sobre su barriga en un intento por tranquilizarla.

—Algunos de nuestros amigos han tenido oportunidades similares. Gente que les hace una buena oferta. Y siempre decimos: «¡Qué suertudos!» Bueno, ahora nos tocó. ¿No dicen que los niños vienen con su torta bajo el brazo?

—Ese dinero es lo único que tenemos. Y estamos a punto de ser papás. Por lo menos lleva un abogado a la cita, alguien que te asesore.

—Un abogado cobra caro. Tengo experiencia con contratos, recuerda que he firmado muchos por mis libros. Confía en mí.

Adela se sentía agotada. Llevaba ocho meses siendo habitada por un ser al que no podía ver, pero al que sentía moverse dentro de ella, creciendo, alimentándose. Dormía poco y mal. No quería seguir discutiendo; se levantó y se fue a la cama en silencio.

Esteban permaneció en la cocina. Se asomó por la ventana para contemplar la noche cerrada, apenas iluminada por el deficiente alumbrado de la colonia Juárez.

En medio de esa oscuridad estaba su nueva casa, esperándolos.

* * *

Esteban entró en el vestíbulo de un lujoso edificio que albergaba diversas oficinas. Vio en el directorio colocado en la pared que el despacho de Industrias Ligotti compartía piso con el corporativo de Ediciones Grau, un importante sello trasnacional que había rechazado publicarlo en varias ocasiones. Esa coincidencia lo inquietó, removiéndole añejas frustraciones. ¿Qué había de malo en su literatura para no ser considerada digna de incluirla en su catálogo? Ediciones Grau publicaba a autores consagrados, pero también mucha basura. Esteban no se engañaba: sabía que nunca obtendría un premio de prestigio —escribía *thrillers*, género menospreciado por la crítica—, pero al mismo tiem-

po era consciente de que sus libros tenían calidad. Además, vendían. ¿Cuál era el problema entonces? Pensaba en todas esas cosas cuando se bajó del elevador en el último piso, y seguía pensando en ellas cuando, tras una breve espera, la secretaria lo hizo pasar.

El despacho del señor Ligotti lo impresionó: piso de mármol, muebles de caoba, sillones de cuero, ceniceros de cristal cortado y libros: las paredes estaban tapizadas de estantes. Mientras se sentaba frente al escritorio y el señor Ligotti le extendía el contrato de compraventa para que lo revisara, se dio cuenta de que buena parte de esa biblioteca la conformaban títulos de Ediciones Grau. La curiosidad le ganó y le preguntó a su anfitrión por qué.

—Conozco al dueño, somos buenos amigos. Cada que saca un nuevo título me lo obsequia. Por cierto, deberías publicar allí: es una editorial importante, proyectaría tu nombre.

—Lo he intentado, pero no he tenido suerte.

—El talento no es cuestión de suerte. Sólo se trata de recibir el empujón adecuado. Yo te puedo ayudar.

Los ojos de Esteban brillaron con intensidad. Comenzó a pasar las páginas del contrato y a firmarlas sin prestar atención.

—¿En verdad? No me atrevería a pedirle ese favor...

El señor Ligotti movió los dedos llenos de anillos sobre el cenicero de cristal, produciendo un sonido similar al que había hecho con la taza en el Vips. Por un momento, Esteban sintió que el tiempo se detenía, que no existía nada más que aquel golpeteo rítmico, hipnótico.

Si non oscillas, noli tintinnare.

La voz del señor Ligotti lo regresó a la realidad.

—No lo estás pidiendo, soy yo el que lo ofrece. Te conviene: varios de los títulos que ves aquí se han publicado gracias a mi oportuna intervención. Y con mucho éxito. Tengo buen ojo, mi vecino lo sabe.

—Tendría que ponerme a escribir. Últimamente no se me han facilitado las cosas. El embarazo trae muchas complicaciones y angustias. Por ejemplo...

Estaba a punto de plasmar su firma en la última página, pero el señor Ligotti lo interrumpió:

—Espera. Antes de que terminemos con esto, quiero que hagamos un pacto verbal, de caballero a caballero.

La mente de Esteban permanecía invadida por las preocupaciones que no había alcanzado a expresar: pañales, ultrasonidos, el parto.

—¿Sí?

El viejo tenía ahora el bastón entre las manos y acariciaba la empuñadura de plata. ¿En qué momento lo había cogido?

—Que me dejes visitarte en el departamento. Es la única condición que pongo. Podemos hablar de libros, beber café y comentar los avances de la obra que propondré a Ediciones Grau.

Esteban sonrió, aliviado. Por un momento pensó que el trato podía escurrírsele entre las manos.

—Por supuesto.

Firmó, sellando el pacto.

* * *

La mudanza ocurrió una semana después. Para celebrar, Esteban organizó una fiesta a la que asistieron sus amigos escritores y algunos excompañeros de los tiempos en que trabajó en la burocracia cultural. Bebió una cerveza tras otra, mientras le mostraba la casa a cada invitado que llegaba. El edificio Berlín era un inmueble antiguo, bien conservado. Justo el tipo de lugar que le gustaba. El departamento tenía techos altos, muros gruesos, piso de duela. Tres cuartos, dos baños completos. Había una chimenea en la sala, que le daba un toque de elegancia. Y lo mejor: estaba ubi-

cado en la planta baja del edificio, lo que le ahorraría subir las escaleras cargando la carriola.

En algún momento de la noche se le acercó Clemente, un autor de novelas policíacas que conocía desde hacía muchos años y con el que tenía la clase de amistad que suele desarrollarse entre escritores: poco honesta, convenenciera, basada más en chismorreos que en un genuino interés en el trabajo del otro.

Clemente bebía mezcal de una taza: no había suficientes vasos.

—Está increíble el departamento. ¿Cómo le hiciste para pagarlo?

—Conseguí un crédito. No hay de otra más que endeudarse.

—¿Y el enganche? Por las nubes, supongo.

—Mi suegra nos ayudó.

—¿Y qué tal los vecinos? ¿Ya les fuiste a pedir azúcar?

Esteban traía dos cervezas en la mano. Una de ellas era para alguien más, pero ya no se acordaba quién. Esta vez respondió con la verdad:

—No me he topado con ninguno. Tampoco los he oído. Lo bueno de los edificios viejos es que no se escucha nada.

—Yo en tu lugar averiguaría de inmediato quiénes me van a rodear por el resto de mis días.

Una pareja se acercó a despedirse. Esteban aprovechó para librarse de Clemente. Su conversación comenzaba a incomodarlo. Decidió evitarlo el resto de la noche. Era un tipo negativo que solía contagiarle su paranoia.

Otra cosa que Esteban se dedicó a presumir a sus amigos fue el contestador automático. Una reliquia que a él le divertía. Le gustaba enfrentar a la gente a algo en desuso. Le atraía pensar en la época en que los contestadores automáticos estaban de moda, en todas esas voces siendo grabadas, escuchándose en el interior de casas solitarias. Fantasmas hablándoles a fantasmas.

El último invitado se marchó a las seis de la mañana. Esteban alcanzó a quitarse los zapatos y se desplomó al lado de Adela, que dormía profundamente. Se abrazó a ella y se abandonó al calor que emanaba de su cuerpo, a la bruma del alcohol, al sueño.

* * *

El timbre sonó a las siete de la mañana. Esteban lo escuchó entre sueños, incapaz de levantarse. Adela lo despertó, minutos después, entre sacudidas.

—Te buscan.

Con los párpados aún cerrados, Esteban preguntó:

—¿Quién?

—El señor Ligotti.

Sus ojos se abrieron, sorprendidos.

—¿Qué quiere? Dile que estoy dormido...

Adela se sentó en la cama.

—Ya le dije. Pero insiste en verte. Dice que acordaron eso.

—¿Acordamos?

—Que se verían. Atiéndelo ya. Me da escalofríos pensar que está allá afuera, esperando.

Esteban se levantó de mala gana y se puso los zapatos. No se echó agua en la cara ni se peinó, esperando que su aspecto disuadiera a la inoportuna visita. Abrió la puerta del departamento. El señor Ligotti aguardaba en el pasillo, recargado sobre su bastón.

—Ya era hora.

Aunque estaba adormilado, Esteban se percató de la anomalía.

—¿Cómo hizo para entrar al edificio?

—Un vecino iba saliendo. Aquí todos me conocen.

—No he visto a nadie en días...

El señor Ligotti se aproximó.

—¿No me vas a invitar a pasar?

Esteban dudó. La visita del viejo era imprudente, pero no podía ser grosero con él. A fin de cuentas, le había facilitado la compra de su propia casa. Se hizo a un lado y con un gesto de la mano lo invitó a entrar.



—Claro, adelante.

Agregando a su voz un tono de ironía, dijo:

—Está en su casa.

* * *

La visita fue un infierno. El señor Ligotti parloteaba incansablemente y parecía no tener intención de marcharse pronto. A Esteban le dolía la cabeza, martilleada por la resaca. Apenas podía seguir la plática del viejo, que pasaba de un tema a otro sin mayor sentido. En medio de su malestar, comprendió algo: lo había idealizado. Cuando lo conoció, le pareció un humanista, un filántropo, una especie en extinción con el que le había tocado la fortuna de toparse. Ahora lo veía con claridad: era un tipo engreído, maniático, imprudente. ¿Para qué carajos había venido? Y tan temprano. Así eran los solitarios: no tenían conciencia del tiempo de los demás. Exigían la misma atención que los hijos únicos. Para colmo, Adela había huido, pretextando que vería a su madre, dejándolo a merced de su «invitado».

Esteban dormitaba por momentos. Cada que abría los ojos, comprobaba que el señor Ligotti continuaba con su monólogo infinito. Captó algunas frases que lo inquietaron, preguntas que el viejo le hacía sin esperar respuesta:

—¿Cómo va el libro nuevo? ¿De qué trata? Supongo que no has avanzado mucho. Habrá que hacer algo para que prograses, para que osciles, para que suenes...

Finalmente se quedó dormido. Cuando despertó, sacudido nuevamente por Adela, ya era de noche. ¿En qué momento se había marchado Ligotti? Pensó que la visita había sido un mal sueño, una pesadilla facilitada por la cruda. Pero sobre la mesa de la sala vio el anillo con el logotipo de la Universidad Nacional.

Adela lo cogió, y dijo con sarcasmo:

—Ahora tu *amigo* tiene un pretexto para regresar.



El señor Ligotti se convirtió en un problema. Aparecía cualquier día y a cualquier hora, con una actitud que rayaba en la exigencia. Más que molestarse, Esteban se preocupó: aquello no tenía que ver con la imprudencia sino con la obsesión. El viejo volvió al día siguiente de su primera visita. Esteban le devolvió el anillo pensando que eso lo alejaría un tiempo, pero continuó regresando. A veces tocaba el timbre exterior del edificio, otras directamente en la puerta del departamento. Lo más perturbador era su manera de tocar, con insistencia, como si acudiera a entregar un paquete urgente.

Esteban comenzó a evitarlo. Si el señor Ligotti llamaba a la puerta, él la abría diciendo que tenía una cita importante y, tras disculparse, se alejaba por la calle con paso rápido. También fingía que no había nadie en casa, hasta que el viejo se marchaba. En una ocasión que regresaba de la tienda, lo vio a lo lejos, parado frente a la puerta del edificio. De inmediato dio media vuelta, tomó un taxi en la avenida y luego se metió a un cine. Al principio, este juego del gato y el ratón parecía divertido. Adela pasaba la mayor parte del tiempo en casa de su madre; esquivar al viejo se convirtió en un entretenimiento para Esteban. Una especie de reto: a ver quién se cansaba primero. «El anciano no va a poder más que yo», se decía. Así estuvieron largos días, hasta que ocurrió el episodio del contestador automático.

Fue durante una tarde gris, con nubes cargadas de lluvia. Esteban leía en su estudio la novela recién publicada por Clemente. Tenía curiosidad de saber si resultaba tan mala como las anteriores. El timbre del interfón sonó. Se asomó por la ventana de la cocina que daba a la calle. Era de vidrio polarizado, le permitía observar sin ser visto. Comprobó que era el señor Ligotti y regresó al sillón. Tras unos minutos, el timbre dejó de sonar. Esteban pudo volver